

## ***Secretos de guerra y misterios políticos***

**León Trotsky**  
**17 de octubre de 1915**

(Versión al castellano desde L. Trotsky, *La guerre et la révolution*, Tomo Primero, Editions Tête de Feuilles, París, 1974, páginas 117-119. Publicado en *Nache Slovo*, 17 de octubre de 1915)

Si la guerra es la continuación de la política (sólo que por otros medios) la política interna de las naciones europeas resulta ser sólo un reflejo de las fluctuaciones de la guerra. Al iniciarse la catastrófica retirada de los ejércitos rusos a Galitzia, no sólo desaparecieron de la “pantalla” petersburguesa las sombras chinescas de los liberales, sino que la agitación en los pasillos del parlamento francés provocó un cambio de gobierno. Los alemanes demostraron vivamente su enorme superioridad en reservas de armamento. La perspectiva de una segunda guerra de invierno era más que evidente. Se responsabilizó a los que no habían proporcionado suficientes armas y municiones. En Rusia, la escandalosa retirada de Sujomlínov abrió la serie de cambios ministeriales. En Francia, la opinión parlamentaria y periodística se centró alrededor de Millerand. Se esperaba una crisis gubernamental. Pero esto no ocurrió. El partido socialista, cuyos ataques se temían, se mostró como un leal partidario del gobierno. En la reunión del partido en julio, la oposición se dejó “amordazar” con los mismos argumentos que el partido había utilizado ante la asamblea y la nación. Los ministerios se dividieron en “subministerios” con responsables políticos. Como el suministro de municiones era el problema crucial en la agenda, se llamó al socialista Albert Thomas. A partir de entonces, los socialistas asumieron la responsabilidad política del gobierno, con Guesde y Sembat ejerciendo el “control”, pero también del abastecimiento de los ejércitos. Este nuevo equilibrio político duró unos meses. Dos hechos pusieron fin a la misma: la ofensiva francesa en Champaña y la entrada de Bulgaria en el campo de batalla.

La batalla de Champagne fue un éxito, pero reveló la verdad sobre la situación en el frente occidental. A pesar de una larga y cuidadosa preparación y de una gran cantidad de munición (¡millones de proyectiles!). A pesar de un “pequeño salto” hacia adelante de 3 o 4 km, las líneas enemigas se mantuvieron. Esto demuestra que, por el otro bando, los alemanes no tenían ninguna posibilidad de romper las posiciones francesas. La campaña de invierno que se consideraba una posibilidad formidable se convirtió en una realidad aterradora. Al mismo tiempo, los búlgaros asestaron un golpe inesperado y aún más cruel. Los periódicos franceses vilipendiaron la censura que había ocultado la situación real en los Balcanes. No tenemos vocación de defender esta institución, “bautizada censura militar”, pero debemos decir que no ocultó gran cosa: en el mecanismo de la “Unión Nacional”, se cierran los ojos ante los peligros, no se tolera la crítica y se mecen las ilusiones. El partido socialista se destaca en esto.

Los fracasos de los aliados en los distintos frentes se debieron básicamente a la superioridad capitalista de Alemania. Lo mismo ocurrió con sus éxitos diplomáticos. La capacidad de producción de Krupp, la superioridad de los ferrocarriles alemanes, compensaban con creces la “falta de psicología” de los diplomáticos de la que tanto hablaba la prensa aliada. El resto lo hizo la voraz diplomacia de los zaristas. La prensa francesa se ha ocupado ampliamente de ello. Las reivindicaciones rusas sobre Constantinopla y los estrechos, ante las que Francia e Inglaterra habían capitulado, habían creado una situación desastrosa en los Balcanes para la diplomacia aliada.

“Nos comportamos como niños con la diplomacia rusa”, escribió Hervé, que fue el primero en reclamar la capital turca para el zar. Se entregó a Delcassé a la “opinión pública”, pero la retirada de un ministro no fue suficiente para cambiar la situación. Bulgaria alineó su medio millón de hombres del lado de Alemania. Grecia se negó a

apoyar a Serbia y dio a su gobierno un sesgo germanófilo. Los rumanos se mantuvieron lo más lejos posible del conflicto. 300.000 soldados austro-húngaros entraron en Serbia.

La prensa francesa hizo sonar la “alarma”. Incluso *L’Humanité* salió de su letargo, en el que había sido confinado por la “Unión Sagrada”. “¿Qué quieren hacer los aliados? ¿Una incursión franco-británica en Salónica?... ¿A qué escala? ¿No quedaría como un “bocadillo” entre los búlgaros y los alemanes? ¿Por qué Rusia guarda silencio? ¿Italia? ¿Tienen nuestros aliados balcánicos un plan? ¿No nos dirigimos a una catástrofe? El primer ministro hizo unas aclaraciones que, según la viperina lengua “envenenada” de Clemenceau, demostraron la verdad del viejo adagio “que la naturaleza aborrece el vacío”. Algunos lugares comunes sobre “los secretos de la guerra” y “los secretos de los aliados”. Renaudel exigió en vano una “sesión secreta”. Se le negó. Los secretos permanecen bajo llave militar. ¿No les bastaba a los socialistas con “controlar” el gobierno con sus tres ministerios? En nombre del gobierno que incluía a Guesde, Sembat y Thomas, el primer ministro exigió el rechazo de la demanda socialista, lo que se hizo contra 190 votos. En respuesta a las críticas y reproches, Viviani planteó la cuestión de confianza, sin ninguna explicación. Los que criticaron a Viviani no podían dejar de darse cuenta de que ellos habrían hecho lo mismo en su lugar y habrían mantenido los secretos de los aliados a salvo del control de los republicanos. El capitalismo militarista está por encima de la soberanía popular. “Con la desconfianza en el corazón”, según el periódico reaccionario *L’Eclair*, decidieron votar la “plena confianza” en el gobierno. Pero el misterio político no termina ahí. Resulta que hubo 150 diputados de la “izquierda” que se abstuvieron. Nueve, entre ellos Raffin-Dugens, Mayéras y Jobert, votaron en contra<sup>1</sup>.

Renaudel declaró que sus amigos no podían aprobar una aventura en la que estaba en juego los destinos de Francia. La necesidad de poner más distancia con el gobierno es un hecho nuevo provocado por una “presión” que debe ser importante si puso en marcha a personas como Renaudel. Así que la mayoría de los socialistas se negaron a confiar en el gobierno en el que estaban Guesde, Sembat y Thomas. ¿Cree alguien que estos ministros ofrecieron su dimisión? ¡Piensen, piensen! Se mantuvieron, al igual que el partido, en el terreno de la “Unión Nacional” y la “lucha hasta el final”. Como explicó un periódico radical, la presencia de los defensores del proletariado es indispensable dentro del gobierno. Si Renaudel hubiera estado presente, también habría hecho rechazar la moción socialista. Si Sembat hubiera sentado en los bancos de la izquierda, ¡habría rechazado su confianza! Todo esto no es una contradicción de principios, simplemente la división del trabajo en la fábrica “Unión Nacional”. Esta división no es voluntaria y tiene su fea lógica. Algunos diputados socialistas votaron en contra del gobierno en el que participaba Sembat, etc. No tenían una base sólida de principios bajo sus pies, pero sin embargo descargaron un despiadado golpe a la posición oficial que databa del 4 de agosto. Su acción exige una nueva toma de posición. La ola cuya presión hizo actuar al Partido no se debilitará. Al contrario. Se fortalecerá cada día. Rodará por encima de la cabeza de Renaudel y arrastrará a otras personas en su cresta.

Edicions Internacionals Sedov

Serie: [Trotsky inédito en internet y en castellano](#)



[germinal\\_1917@yahoo.es](mailto:germinal_1917@yahoo.es)

---

<sup>1</sup> Una quincena de pretorianos socialistas votó a favor de la confianza. Evidentemente, este número engloba a Sembat, Guesde, Thomas y algunos guesdistas conocidos como Bracke, etc. De esta forma, la fracción socialista se cortó en tres porciones.